

ELEVARSE Y VOLAR, PERO TAMBIÉN CAER

UN ACERCAMIENTO CRÍTICO DEVELA LA NUEVA ETAPA EN LA OBRA DE MANUEL ZUMBADO, PRESENTE EN SU EXPOSICIÓN EN LA GALERÍA ENRIQUE ECHANDI (DETRÁS TEATRO NACIONAL)

EFRAÍM HERNÁNDEZ

*... Poder volar cuando la tarde muera
entre fugaces lampos ambarinos
y oponer a los raudos torbellinos
el ala fuerte y la mirada fiera.
Huir de todo lo que sea humano;
Embriagarme de azul... Ser soberano
De dos inmensidades: mar y cielo
"Vuelo supremo", Julián Marchena.*

Con "Vuelos para meditar", Manuel Zumbado ofrece al público una pintura novedosa, diferente a aquella que conocemos y asociamos con el pintor. Ahora las superficies, antes densas y violentas, adquieren una nueva dimensión que las hace translúcidas, cambiantes, indefinidas, informes y mucho menos agresivas.

Los nuevos contenidos han modificado la paleta, transformado la superficie pictórica y variado los aspectos técnicos.

Las figuras dominantes son el cielo y un pequeño avión que recuerda los albores de la navegación aérea.

En las distintas pinturas, el avión alza vuelo, se remonta en el azul, se agita entre nubes de tormenta y se desploma en vertiginosa caída hasta estrellarse envuelto en llamas contra el suelo.

Volar fue por mucho tiempo el sueño de los seres humanos y el vehículo mítico que cobijó las aspiraciones de libertad y cambio, de trascendencia y progreso. Alcanzar el sol y más allá, consumió los desvelos de Dédalo e Ícaro, incentivó las geniales invenciones de DaVinci y nos condujo hasta las máquinas voladoras de los hermanos Wright.

Todas estas instancias ilustran ese deseo de conquista, de romper fronteras y superar barreras tan relacionado a la transformación, al avance, al progreso, al movimiento; en fin, a los procesos de la vida y su sentido.

En los lienzos de Zumbado, el avión y los cielos se convierten en las metáforas de este ancestral deseo de trascender, de ir más allá, de abrir nuevos horizontes, de pasar de un estado a otro, o simplemente de existir.

Máquina y naturaleza son sinónimos de las fuerzas en juego en esa travesía accidentada que llamamos vivir; a veces certera y decidida, otras veces perdida entre la bruma a punto de sucumbir.

Las superficies pictóricas de los nuevos cuadros de Zumbado, por la naturaleza de su ejecución, transmiten con propiedad la dificultad de la faena, lo impredecible del espacio que debe surcarse y plantean la inminencia del conflicto entre la tarea emprendida y las condiciones del vuelo.



Panorámica de la obra de Manuel Zumbado en su taller.

La atmósfera cambiante permitirá el goce en la elevación, el disfrute de remontarse o condenará la travesía a la tragedia de la caída.

El espacio informe, acentuado por las manchas logradas con el "accidente controlado", plasma el "vacío" mutante por el que transita el impulso de navegar.

Aunque parezca muy nueva la idea, podemos encontrarla de alguna manera comprendida en discursos anteriores del pintor: en las estructuras inútiles que colapsan y se estrellan contra el suelo y en sus instalaciones donde el hombre alado emprende como Sísifo una tarea que parece irremediabilmente condenada a volver sobre sus pasos una y otra vez.

El ser humano, por la fragilidad de sus acciones a lo largo de la historia, constantemente debe rehacer el esfuerzo de su tarea vivencial. Elevarse y volar, remontarse en el infinito azul, pero también caer e iniciar la tarea una vez más.

En "Vuelos para meditar" existe un conflicto entre lo natural y lo cultural que se ofrece también como veta de significación: travesías para reflexionar en lo precario de la condición humana, en lo fútil de sus creaciones.

La vida, el ideal y la realidad, la gloria y el fracaso; el devenir de la historia como resultado de la interacción entre cultura y naturaleza son ideas que nos sugiere la contemplación de la serie de telas que marcan un nuevo capítulo en la obra de Manuel Zumbado.

San José, agosto, 2000.



Manuel Zumbado en pleno trabajo.